



MARAVILLAS DELGADO

El final de la arrogancia

Por **ANTÓN COSTAS**

Para bien y para mal, las ideas económicas importan. La visión que tenemos de cómo funciona el mundo y la forma en cómo los Gobiernos enfocan la gestión de los asuntos públicos depende en gran medida de las ideas económicas dominantes en cada época.

En uno de los pasajes más famosos y citados, que cierra la *Teoría general del empleo, el interés y el dinero*, John Maynard Keynes afirmó que "tarde o temprano, son las ideas y no los intereses las que son peligrosas para bien o para mal". Es fácil entender que las ideas pueden ser peligrosas para mal. Pero la afirmación de que pueden ser "peligrosas para bien" es extraña e intrigante. ¿No se habrá confundido Keynes a la hora de escribir?

Seguro que no. Keynes era muy preciso en el uso del lenguaje y en la elección de las palabras. En su magnífica biografía sobre Keynes, Robert Skidelsky da una explicación

convinciente de ese párrafo: a la vez que señala que la ignorancia es peligrosa, Keynes advierte que el conocimiento también es peligroso porque encierra la tentación del *hybris*, la arrogancia de usurpar los poderes de los dioses por parte de los hombres, cuyo fruto inevitable es la *némesis*.

Estamos padeciendo los efectos de una época en que las ideas económicas han sido peligrosas para bien. Coincidiendo con la etapa de estancamiento e inflación que experimentó la economía mundial después de los años setenta, el pensamiento económico se vio dominado por teorías económicas animadas por la arrogancia del conocimiento. Teorías con poco fundamento en los datos y elaboradas con supuestos muy simplistas del comportamiento de los consumidores, inversores y Gobiernos. Es el caso de la teoría de los "mercados eficientes", que justificó la deregulación de los mercados financie-

ros. O la de las "expectativas racionales" de los agentes económicos, que inutilizó la actuación estabilizadora de los Gobiernos.

Otro ejemplo de ideas "peligrosas para bien" es la de "austeridad expansiva". La creencia de que una economía que ya está exhausta por falta de crédito y de consumo privado pueda crecer si, por encima, reducimos el consumo público, pertenece al reino de la *hybris*. Pero, a pesar de que la eurozona se ha convertido en una máquina de destrucción masiva de empleo y de cohesión social (la *némesis*), las autoridades de Bruselas siguen sosteniendo esa idea arrogante.

Si las ideas importan, para cambiarlas antes hay que cambiar las formas de pensar de los economistas. Mientras no cambien los modelos mentales que utilizan para construir sus teorías, las nuevas ideas y las nuevas políticas encontrarán mucha resistencia.

¿Han cambiado los economistas sus formas de pensar después de la etapa de arrogancia que condujo a la crisis de 2008 y a la gran recesión? Aún es temprano para saberlo. Pero existen algunos indicios de que las cosas están cambiando. La más reciente es la concesión hace unas semanas del Premio Nobel al economista de origen escocés y profesor de la Universidad de Princeton Angus Deaton. A mi juicio, hay dos aspectos de la obra de Deaton que son especialmente relevantes para el necesario cambio de las ideas económicas.

En primer lugar, Angus Deaton ha con-

EL NOBEL ANGUS DEATON SE HA MOSTRADO ESCÉPTICO ANTE LAS TEORÍAS DE LA AUSTERIDAD EXPANSIVA

tribuido como ningún otro economista actual a romper con los modelos económicos basados en escasos datos, supuestos estrictos de comportamiento y en teorías no verificables empíricamente. De ahí que se haya mostrado escéptico, cuando no enfrentado, a las teorías de las expectativas racionales o de la austeridad expansiva. Sus análisis sobre la pobreza, la desigualdad y, especialmente, los cambios en las pautas de consumo de las familias cuando cambian sus ingresos o varían los precios de los productos que consumen están basados en la recopilación minuciosa de bases de datos de los hogares, así como en el desarrollo de nuevas técnicas econométricas y teóricas para el análisis de esos datos. De esta forma, ha podido elaborar una nueva visión del desarrollo de los países y de los efectos de las políticas públicas. Así también ha establecido un puente que no existía entre la micro y la macroeconomía; en particular entre el consumo y la renta de los diferentes grupos sociales. Sólo captando las diferencias de comportamiento entre diferentes grupos sociales es posible comprender la totalidad.

Por otro lado, su obra es un ejemplo de la ética que debe perseguir el economista cuando actúa como asesor de políticas. Su recomendación acerca de la importancia de medir y de no utilizar sólo datos macroeconómicos, y su advertencia de que hay que ir con mucho cuidado al hacer recomendaciones de política a partir de teorías que no cuadran con los datos, son principios éticos básicos para los economistas metidos a asesores de políticas.

Tiempo habrá para comentar con más detalle la relevancia de su obra. Pero, para lo que aquí me interesa, el reconocimiento a Angus Deaton es el final de la etapa de arrogancia que experimentó el pensamiento económico en los últimos 30 años. Es de esperar que a partir de ahora veamos una economía más humilde y útil para la conducción de los asuntos públicos y el bienestar de la humanidad.

Antón Costas es catedrático de Economía de la Universidad de Barcelona.

La economía española tiene un problema de productividad: si la del trabajo se igualara con la de Alemania, se reduciría a la mitad la brecha en PIB per capita entre los dos países. Para solucionar este problema, una propuesta recurrente suele ser la de promover un "cambio de modelo", aumentando el peso de sectores que presentan mayores niveles de productividad. Aunque esto es deseable, el enfoque tiene el peso de la evidencia económica en su contra: lo importante es impulsar a las empresas, no a los sectores.

La búsqueda de fuentes alternativas de crecimiento es entendible, dadas las perspectivas que enfrenta la construcción residencial. En anteriores recuperaciones, este sector ha liderado la actividad y la creación de empleo. Sin embargo, el elevado desequilibrio entre oferta y demanda que caracteriza al mercado inmobiliario, junto con el endeudamiento de los hogares, apunta a que este sector no contribuirá al crecimiento en la misma medida que lo hizo en el pasado. Más aún, la construcción residencial lastró el crecimiento de la productividad en España durante todo el periodo precrisis. Por

lo tanto, aunque se observara una recuperación del sector que ayudara a reducir la tasa de paro, se mantendría el sesgo a la baja sobre la productividad.

¿Cómo sustituir a la construcción en vivienda como motor del crecimiento? Algunas propuestas sugieren impulsar sectores específicos, como el industrial, donde la productividad es elevada. Así, se presume que un aumento de este tipo de actividades ayudaría a reducir esa brecha en productividad (y, por lo tanto, en salarios). España ha vivido un proceso de desindustrialización cuando menos desde los setenta, tanto si se mide por la participación del valor añadido bruto del sector sobre el de la economía

¿Industrializar para converger?

Por **MIGUEL CARDOSO**

como utilizando el empleo como porcentaje del total. Sin embargo, la evidencia muestra que este proceso es común a las economías desarrolladas, ya que aunque a niveles bajos de ingreso la industrialización acompaña al crecimiento, este proceso se revierte a partir de cierto umbral. Así, España representaría una anomalía histórica si en los niveles de ingreso actuales comenzara a aumentar la participación del sector industrial. Más aún, durante dicho periodo de desindustrialización común, las economías más ricas han tenido un crecimiento de la productividad superior al de España. Esto es indicativo de que el problema no está en la composición sectorial de la economía española.

¿Qué hacer entonces? Un primer punto de partida es observar cuáles son los factores que hacen más productivas a las empresas. A la luz de la literatura económica, las propuestas harían mejor en centrarse en los tres frentes de actuación siguientes. En primer lugar, el tamaño de la empresa es fundamental para explicar la competitividad: a mayor número de empleados, más economías de escala. En segundo lugar, mejor regulación y mayor competencia implican insumos más baratos a través de márgenes más reducidos (¿qué ha pasado con la ley de servicios profesionales?). En tercer lugar, el mercado laboral es clave: la mayor dependencia de trabajadores temporales o el menor capital humano lastran la productividad. Favorecer sectores específicos es injusto, ineficiente y costoso para el consumidor y el contribuyente. Una mejor alternativa para incrementar la productividad es la implementación de políticas horizontales que apoyen a las empresas, independientemente del sector donde se desenvuelvan.

Miguel Cardoso es economista jefe de la Unidad de España de BVA Research.